

ENZO TRAVERSO: *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Publicaciones de la Universidad de Valencia, Valencia, 2009, 267 págs.

*A sangre y fuego* es, tras una menos cuidada edición argentina, la segunda traducción al castellano de un texto cuyo original francés fue *À feu et à sang* (2007), que ha sido llevado también al italiano (2007) y alemán (2008) y que espera todavía una edición inglesa. Con esta publicación, la Universitat de València muestra por qué el suyo es un sello editorial universitario de referencia y da nuevo lustre internacional a su colección «Història», y su autor da cuerpo a un fruto coherente con su granada trayectoria anterior. Sería ocioso presentar al público español a Enzo Traverso, autor tan desconocido entre nosotros hace una década como hoy celebrado. Como Hobsbawm o Judt, Mayer o Mosse, incluso Furet y Nolte, Traverso es otro de los grandes historiadores que han acudido a la llamada de la gran cuestión sobre el xx europeo: el Holocausto, su historia y sus memorias. Eso sí, él lo ha hecho desde sus primeros pasos. Sus trabajos han girado siempre alrededor del antisemitismo, los orígenes y «modernidad» de Auschwitz, las elaboraciones teóricas e historiográficas sobre la *Shoah* y el régimen nazi, y la presencia actual de esos pasados traumáticos. *A sangre y fuego* supone un valioso y valiente esfuerzo por resituar todo ello en un amplio fresco de los años 1914-1945 a fin de preguntarse por los orígenes y condiciones de posibilidad de la solución final y por su relación con el conjunto de las violencias y experiencias sociales, políticas y culturales de esa época.

Es valiente, en primer lugar, por la magnitud del reto. Resulta banal subrayar la trascendencia del periodo que va del atentado de Sarajevo al tribunal de Nuremberg. No hay latitud del pasado alguna que se le pueda comparar en densidad histórica. Ninguna otra etapa de tres décadas reúne tantos hitos, fenómenos, transformaciones y desgarros en los ámbitos político, social, económico o cultural. Excepto la Revolución francesa, esos 31 años acumulan todos los momentos de la edad contemporánea que más interés histórico han generado, como la Revolución rusa, la crisis económica de 1929, el nazismo, las dos guerras mundiales y la Guerra Civil española, que es además integrada aquí de modo central y sustantivada al afirmarse que «condensa a escala de un país conflictos de alcance continental». Así las cosas, aunque la obra fuera un mero ejercicio de síntesis del periodo, merecería un hueco en nuestras estanterías. Ahora bien, no es sólo eso. En realidad, resulta arduo definir su registro, pues no es propiamente historia política, social o cultural, sino un género que tiene algo de todas ellas

pero no se identifica con ninguna. Podría describirse como un ensayo histórico, en el mejor sentido del término. El autor parte de su excepcional conocimiento de la obra de los intelectuales de la época, tanto sus largamente estudiados autores judeo-alemanes confrontados a la barbarie nazi, como otros pensadores (Schmitt, Benjamin, Trotsky, Lukács, Jünger...) que teorizaron su propio tiempo y lo que tenía de búsqueda de vías alternativas a la democracia liberal. Pero es mucho más que una historia intelectual o del pensamiento político, porque Traverso integra las reflexiones de esos autores con las realidades sociales, políticas y culturales a las que dan voz y que parecen ser el verdadero objetivo del historiador italiano.

Lo que nos propone tampoco es una visita guiada siguiendo los hitos fundamentales del periodo. Es una exploración transversal a partir de los principales conceptos y debates de la literatura histórica sobre el primer Novecientos, con los que Traverso lidia con la mezcla de discreción en la forma y contundencia en el fondo que le caracteriza. Desfilan y son discutidos así a lo largo del libro, entre otros, la génesis e implicaciones de la *guerra total* y la forja de *culturas de guerra*, la *barbarización* de la guerra y su ligazón con la *brutalización* social y política, el nexos entre la I Guerra Mundial y los fascismos o la comparación entre nazismo y estalinismo a partir del concepto de *totalitarismo*. Pero también se atreve a tomar partido en lo meta-académico. El autor pone las cartas boca arriba afirmando que, al historiar el siglo XX, no existe la «neutralidad axiológica», que es legítimo no equipararlo todo y que pretender no tomar partido ya es tomarlo. En ese sentido, Traverso apuesta por que fascismo y antifascismo no son dos caras de una misma moneda totalitaria y se declara ligado a la tradición antifascista. Pero conviene añadir que no defiende una historia militante, sino una «historización desapasionada y crítica», y que su «compromiso» no es partisanos ni le lleva a soslayar, sino a ver con ojo fiscalizador los rostros más oscuros de esa su tradición.

El resultado es un texto sólido que usa como eje motriz un argumento fuerte. *A sangre y fuego* parte del concepto de *guerra civil europea* de Ernst Nolte, según el cual la Revolución rusa generó un enfrentamiento ideológico continental y alumbró, como reacción defensiva, las soluciones fascistas. Traverso refuta la argumentación noltiana, tras la que vislumbra la equiparación entre nazismo y comunismo y todo un proceso a la tradición revolucionaria. Ahora bien, eso no le lleva a rechazar el término de guerra civil europea, sino a revisarlo para ofrecer una interpretación de los años 1914-1945 alternativa a las teorías del totalitarismo. Para él, el conjunto del periodo podría considerarse una guerra civil continental en la que los múltiples conflictos bélicos que se vivieron —incluidos los dos mundiales— adquirieron naturaleza de guerras civiles en tanto en cuanto eran guerras *totales* que afectaban al conjunto de la sociedad. Sería esa guerra civil europea, definida como una época de crisis, guerras y revoluciones «en la que la simbiosis entre cultura, política y violencia modeló profundamente las mentalidades, las ideas, las representaciones y las prácticas de sus

actores», lo que creó un marco fuera del cual el Holocausto y otras prácticas represivas masivas nunca hubieran sido posibles.

El grueso del libro da cuenta de lo que habría dado cuerpo a esa contienda continental. Aunque podría haberse justificado de modo más nítido, la estructura del volumen es la de un díptico con dos grandes hojas. Y si bien la división entre una y otra no es rígida, una privilegia las manifestaciones y características de esa guerra civil europea y la otra atiende más a los marcos culturales, imaginarios, experiencias y dilemas que laten en su seno. La primera parte muestra cómo se extiende al conjunto de esas tres décadas y del continente europeo lo que define a las guerras del Novecientos: el carácter *civil* de todas las contiendas, que convierten a sus civiles en objetivos de bombardeos, desarraigo y limpiezas étnicas; la conversión del rival político en enemigo inexpiable, cuando no su deshumanización; la coexistencia de una «violencia caliente» desde abajo con otra «fría» y «moderna» obra de los Estados totales; y la puesta en cuestión radical de la soberanía y las formas y naturaleza de los Estados. Mientras tanto, la segunda privilegia las «culturas de guerra» del periodo, en concreto la gestación durante la I Guerra Mundial y el trasvase a la Europa de posguerra de valores, imaginarios y *pathos* relacionados con la muerte masiva, el miedo, la brutalización de las prácticas sociales, la aceptación de la violencia como potencia regeneradora y el descrédito del parlamentarismo.

Como es obvio, la apuesta del libro entraña riesgos. Un ensayo de estas características y temática tan ambiciosa no podía ser ecuaníme en la atención a los diferentes países ni exhaustivo en el aparato erudito, ni tampoco desempolvar archivos o desvelar nuevos datos y episodios. *A sangre y fuego* se apoya en literatura secundaria y puede parecer más una obra sobre ideas y marcos culturales que sobre hechos, colectivos e individuos. El notable seguimiento que se hace de las reflexiones de un selecto ramillete de intelectuales hará que los historiadores sociales y políticos echen de menos las realidades y prácticas concretas que las nutren y que en ellas se reflejan. De igual modo, el libro explora los marcos políticos, significados culturales, experiencias y convicciones que nutren la violencia; pero, a pesar de su voluntad de poner el foco menos en sus víctimas que en sus actores y lógicas, los victimarios sólo están presentes de modo esporádico y reflejados en las reflexiones de algunos grandes nombres. Por lo demás, el lector podrá resultar sorprendido por el hecho de que, tras el detalle con que se exploran los orígenes y conformación de esa guerra civil europea, su epílogo quede en suspenso. La alusión a que fue «clausura[da]» en 1945 por rápidas amnistías resulta insuficiente para explicar el final, si es que lo hubo y fue tan rápido, de esa «simbiosis entre cultura, política y violencia» que había modelado mentalidades, ideas y prácticas de todo un continente durante décadas.

Con todo, el mayor espacio para el debate está quizá en lo relativo a sus orígenes. No es casual que la periodización de la guerra civil europea no sea aquí 1917-1945, como en Nolte, sino 1914-1945, porque Traverso ubica su

parto no en la revolución bolchevique sino en la experiencia bélica del 14-18, y su fuente no en la ideología sino en la quiebra del orden europeo liberal. Ahora bien, ese imprescindible énfasis en la Gran Guerra abre dos interrogantes. En primer lugar, el autor se sitúa en los raíles de una fructífera veta historiográfica que, partiendo de Mosse, ha subrayado el carácter matricial de esa guerra y explorado desde enfoques culturales cómo marcó la Europa de entreguerras. Sin embargo, eso le lleva a hacer suyos algunos argumentos y conceptos que, aunque muy sugerentes, no están unánimemente aceptados o a los que no se ha dado suficiente contenido empírico. Ese sería el caso de los conceptos de *brutalización* y *cultura(s) de guerra*, cuyas amplias posibilidades no deberían hacer olvidar la polisemia de sus usos, que queda mucho por indagar en los canales y alcance concretos de los fenómenos que nombran, y que de 1918 surgieron también «culturas de paz». En segundo lugar, privilegiar el papel de esa guerra lleva a prestar menos atención a otras fuentes de la guerra civil europea. La crítica, en particular H. Harootunian, ha destacado que el «gran ausente» en el fresco de Traverso es el capitalismo, con sus efectos disolventes en una fase de acelerada transformación, el naciente mercado mundial, la «violencia del capital» exportada por el imperialismo y la crisis desatada en 1929. Pero cabría añadir a ello lo que Ch. Maier llamó hace tiempo corporativización de las sociedades y economías europeas, o también los agudos conflictos sociales, retos políticos y crisis de legitimidad que implicó para los Estados liberales decimonónicos la irrupción de las masas en la vida política que trajo consigo el Novecientos.

Nada de eso impide que *A sangre y fuego* sea uno de los más sugerentes libros de la pasada década, un gran libro al alcance solo de un gran historiador. Supone un convincente ensayo interpretativo y un exigente esfuerzo por devolver toda su complejidad a esa época frente a la simplificación en clave ético-trágica que desprenden las teorías del totalitarismo, y no es así extraño que haya suscitado interesantes debates y reacciones en Francia, Italia o Alemania. Esa complejidad se busca en una apuesta por la historización del tiempo y realidades estudiadas. El volumen recupera el concepto de *guerra civil europea* para dar cuenta de un marco sociocultural y una serie de prácticas y actitudes que no eran una mera regresión civilizatoria, sino también modernas y radicales experiencias y redefiniciones sociopolíticas. Pero la historicidad se busca asimismo en los conceptos, interpretaciones y valores desde los que ese pasado se estudia. El desafío que plantea Traverso es que también el humanitarismo o la sacralización de las víctimas y su memoria actuales son frutos históricos, menos atemporales que propios de la imperante «sensibilidad post-totalitaria», y que, por ejemplo, sería un error que «la condena moral de la violencia» pueda «reemplazar su análisis e interpretación». Eso no implica una grosera relativización de todo juicio ni caer en un miope partidismo. Pero sugiere que convendría tomarse en serio las palabras, posturas, legitimidades y convicciones de los contemporáneos, como «punto de partida de todo esfuerzo

serio de historización del siglo XX». Un *olvidado siglo XX*, al decir de otro gran historiador como Tony Judt, que nuestro presente tanto recuerda, pero que, al convertirlo en un «palacio de la memoria moral», ha tendido más a exorcizar que a comprender.

*José Luis Ledesma,*  
Universidad de Zaragoza